

... que los dos pudieran amarrarse  
en un momento a las montañas de Asunción.

—Sin embargo, repitió Esteban, de visto en la orilla del río  
lugar de gran tamaño, a los que llamaba canchales ó saca-  
tes, y en contornos que solo se presentaban en la noche a guisa  
de terror. También se oía entre la espesura los rugidos del  
león. Y los canchales me han dicho que era terrible animal, es  
un ser vivo, y que se llama canchales. Ya veis mi querido don  
Gonzalo, que mis temores no son vanos y están muy lejos  
de ser infundados.

Don Gonzalo iba á replicar, pero en aquel momento los  
criados entraron la una y don Lorenzo dijo:

BIBLIOTECA ALFONSO SINA

... que los dos pudieran amarrarse  
en un momento a las montañas de Asunción.

El otro personaje se llamaba don Esteban, y era un  
poco mas que había llegado á Buenos-Aires con el cargo  
de intendente de rentas del virreinato. Le acompañaban don  
don Esteban, alférez de caballería, y se iba don Esteban, que  
estaba prometido en matrimonio al joven don Esteban.

### CAPITULO V

Había entre las familias de los señores de la  
los unos eran alivios, orgánicos y el Esteban no tenía los  
vicios que manchaban la existencia de los Gonzalos, que se  
muja, por regla general, y se llama don Esteban, que no  
puede prescindir de los rasgos de su carácter, en con-  
dio era trivial, sencillo, y se llama don Esteban, que no  
de cora.

### UN ALMA INFAME.

En Buenos-Aires don Esteban no se dio a conocer  
Hemos presentado personajes nuevos y debemos darlos á  
conocer á nuestros lectores.

Empecemos por don Lorenzo Acevedo. El padre del joven  
cazador pertenecía á una noble familia española, aunque ha-  
bia nacido en Buenos-Aires, en cuya audiencia ejercía su  
padre el cargo de oidor. Durante su juventud fué oficial de  
uno de los regimientos que guarnecían el virreinato; pero ca-  
sado poco despues con una joven, que á su regular hermosu-  
ra unia una fortuna considerable, formada en su mayor par-  
te por magníficas granjas y estancias en las fronteras del  
Gran Chaco, abandonó las armas para disfrutar con tran-  
quilidad de la vida regalada del hombre rico americano.

Su mujer murió poco despues de haber dado á luz á don  
Gonzalo, que se educó de la peor manera posible; y como su  
padre le dejaba en libertad completa de satisfacer todos sus  
caprichos, el joven llegó á ser un calavera de primer órden,



para quien no habia nada digno de respeto ni de consideracion.

El otro personaje se llamaba don Pánfilo Machuca, y hacia pocos meses que habia llegado á Buenos-Aires con el cargo de intendente de rentas del vireinato. Le acompañaba su hijo don Francisco, alférez de caballería, y su hija Blanca, que estaba prometida en matrimonio al jóven don Gonzalo.

Habia entre los futuros esposos grandes puntos de contacto; ambos eran altivos, orgullosos, y si Blanca no tenia los vicios que manchaban la existencia de don Gonzalo, pues la mujer, por regla general, y en razon á su diferente destino, no puede resentirse de los mismos vicios que el hombre, en cambio era frívola, vanidosa, y sobre todo, excesivamente dura de corazon.

Su hermano don Francisco no era por sus sentimientos superior á ella, y en cuanto á su padre, baste decir que no se le conocia ni una sola buena cualidad.

Habia entre las dos familias algunas relaciones de antigua amistad y aun de lejano parentesco, en virtud de las cuales, apenas llegó don Pánfilo á Buenos-Aires, invitó don Lorenzo á pasar algunos dias con sus hijos en su magnífica granja de las márgenes del rio Bermejo.

Desde el primer momento, don Gonzalo se habia mostrado extremadamente galante con Blanca; la galantería dió lugar al amor, el jóven habló del asunto con su padre, que pidió para él á don Pánfilo la mano de su hija, y se decidió realizar la boda cuando las dos familias volyesen á Buenos-Aires al concluir los meses de verano.

Tal era la situacion de nuestros personajes al empezar los sucesos que constituyen la historia que vamos refiriendo.

A la voz de don Lorenzo sentáronse todos alrededor de la mesa, y la cena dió principio.

Durante los primeros momentos versó la conversacion sobre los diversos incidentes de la caza. Blanca se manifestó muy admirada de la lozana y abundante vegetacion de los bosques americanos, de las bellísimas aves que habia visto, y su hermano no pudo ménos de confesar que América era un hermoso país.

En cuanto á don Gonzalo, por mas que al entrar hubiera indicado que una aventura extraordinaria le habia detenido en el bosque retardando su vuelta, no decia una palabra que pudiera revelar deseos de dar á conocer su entrevista con la jóven india.

Creemos que tal vez hubiera guardado sobre este asunto completo silencio, si su indicacion hubiera pasado desapercibida; pero desgraciadamente no fué así, pues tanto Blanca como su hermano la habian recogido, y al fin la jóven exclamó:

—Creo haberos oido decir, mi querido Gonzalo, que despues de separaros de nosotros os ha sucedido una aventura sorprendente.

—Así es, en efecto, amiga mia, respondió el cazador.

—¿Peligrosa tal vez? preguntó don Pánfilo.

—¡Oh! No por cierto.

—¿Desagradable acaso? interrumpió Blanca.

—Todo al contrario.

—Decid, pues, qué ha sido ello, exclamó el jóven don Francisco.

—A no ser que sea un secreto, observó sonriendo graciosamente Blanca, en cuyo caso respetaremos vuestra reserva.

—¡Oh! No hay nada de eso, respondió el cazador; pudie-



ra ser un misterio si se tratase de una persona algo respetable, pero tratándose de un individuo de piel cobriza, las consideraciones son completamente inútiles.

—¡Ah! exclamó Blanca; se trata de un indio.

—No por cierto; se trata de una india, y de una india que es indudablemente la muger mas hermosa de su raza.

—¡Hola, hola! exclamó el jóven don Francisco, ¿es acaso alguna aventura amorosa?

—Tal como lo decís, respondió don Gonzalo.

—¡Já, já, já! exclamó el viejo colono soltando una alegre carcajada; habeis galanteado á una india.....

—No señor, respondió el jóven; en esta ocasion los papeles se han trocado, y el galan ha tenido que escuchar la declaracion de la dama.

Una carcajada general acogió estas palabras del jóven; pero debemos hacer constar, á fuer de verídicos narradores, que la risa de Blanca no era tan franca y espontánea como la de los otros comensales.

Aunque don Gonzalo tenia muy poco de perspicaz, no dejó de reparar en esto, y temiendo que su amante empezase á concebir celos, la dijo sonriendo:

—No temais, mi querida Blanca; seria indigno de vos y de mí si me rebajase hasta el punto de aceptar de una manera formal y seria los amores de una miserable india.

—Eso quiere decir, observó la jóven, que si bien en son de burla los aceptais.

—Precisamente; tengo una magnífica idea que quiero realizar, y para ello necesito engañar un poco á esa pobre muchacha.

—Veamos vuestra idea.

—¡Oh! Perdonadme si callo, respondió galantemente don

Gonzalo; revelarla seria privaros del placer de una agradable sorpresa.....

—Contengo, pues, mi curiosidad, dijo Blanca, y me oficio á suplicaros que nos relateis vuestra divertida aventura.

Don Gonzalo tomó en su silla una postura sumamente pretensiosa, y despues de apurar una copa de vino, dijo:

—Empezaré por haceros saber cómo conocí á la linda Cora, que así se llama mi enamorada india. Una tarde, hace tres meses próximamente, me interné en la selva mas de lo que acostumbraba, arrastrado por la persecucion de una cierva, llegando hasta un sitio que me era completamente desconocido y cuya apretada espesura hacia casi imposible encontrar mi camino. Renunciando á la caza, quise encontrar un sendero que me llevase á la orilla del rio, desde cuyo punto, siguiendo la direccion de la corriente, podia llegar fácilmente á la granja, y despues de dar infinitas vueltas y cansar mi caballo en inútiles pesquisas, me ví completamente desorientado y sin saber hácia qué lado dirigir mis pasos. Hallábame en un pequeño claro, completamente rodeado de maleza, y con el objeto de descansar un poco y de meditar detenidamente sobre mi posicion un tanto crítica, eché pié á tierra y me senté sobre el tronco de un árbol caido. No duraron mucho mis reflexiones: poco despues ví aparecer entre la maleza que limitaba el claro por la parte opuesta á la en que yo me encontraba, una jóven india que me miró con cierta extraña expresion de interes y sorpresa; saltó ligeramente al claro, y ántes de que yo pudiera dirigirle una palabra, exclamó:

—¿Has perdido tu camino, jóven pálido?

—Sí, contesté.

—Has hecho muy mal, repuso, en llegar á esta parte de la selva; pudieras haber encontrado indios hostiles que te



habrían atacado y herido. El bosque no es la morada de los hombres blancos, y el que se aventura entre sus jarales puede fácilmente encontrar la muerte.

Confieso que, en mi situación, aquellas palabras no me parecieron muy tranquilizadoras; sin embargo, como en el rostro de la india no veía la menor expresión de hostilidad ó amenaza, me animé á rogarla que me guiara hasta la orilla del río.

—Sígueme, dijo la muchacha.

—Me levanté, y llevando al caballo de las bridas, penetré con la india en un sendero estrechísimo, en cuya existencia ni siquiera había sospechado.

Después de una hora de camino, durante la cual no cambié con la india una sola palabra, llegamos á un sitio en que la senda se ensanchaba y no tardé en percibir el rumor de las aguas del río.

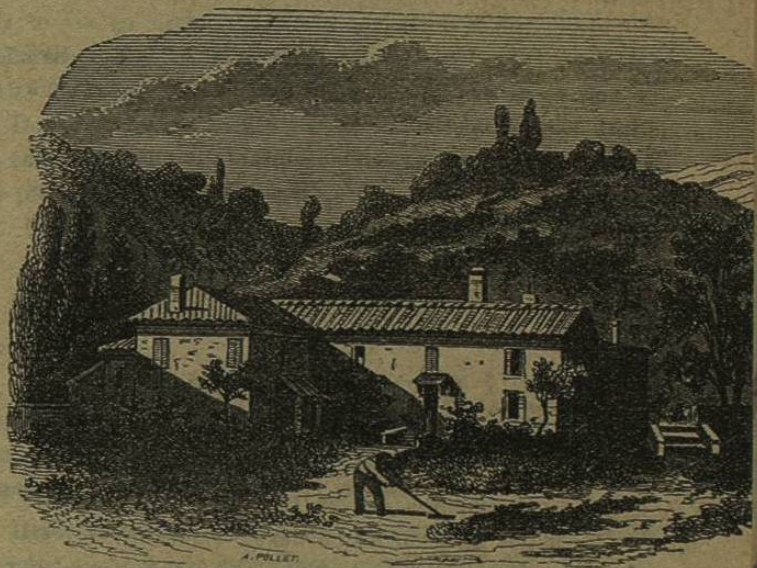
Continuamos andando, y al fin salimos á un pintoresco claro, situado en la misma orilla del río, donde se detuvo la india.

—Ya estás cerca de tu granja, me dijo; sigue por el sendero y no tardarás en hallarte fuera de la espesura.

Comprendí que no debía separarme de mi amable guía sin ofrecerle una recompensa por su trabajo; pero como á los ojos de los indios las monedas no tienen valor alguno, me encontraba perplejo sin saber cómo podría demostrarle mi agradecimiento.

Recordé, al fin, que los pieles rojas son extremadamente aficionados á todos los objetos brillantes, aunque no tengan algun valor real, y si bien la cadena de mi reloj es de oro, desprendíla y se la ofrecí, creyendo que la aceptaría sin replicar.

Pero me engañé; la india rechazó la cadena con un ademán



La granja.



casi increíble en una mujer de su condicion y de su raza, y replicó:

—Guarda tu cadena, jóven blanco; es de oro y demasiado rica para pagar el pequeño servicio que te he prestado.

—Sin embargo, repuse, de algun modo he de recampensar tu trabajo.

—Cora nada quiere del hombre blanco, respondió la india; lo que ha hecho nada vale, y si el jóven cazador se empeña en pagárselo, solo aceptará un objeto que no tenga valor alguno, como un simple recuerdo de nuestro encuentro.

Dominado por el acento y las palabras de la india, retiré la cadena, y arrancando de mi sombrero un pequeño joyel de plata, se lo ofrecí diciendo:

—Este adorno es de valor muy escaso: tómalo y consérvalo en memoria mia.

La india tomó el joyel y lo prendió en la túnica sobre su pecho.

Tras algunas frases de despedida, monté á caballo y me alejé del claro, donde quedó Cora contemplando con una curiosidad de niña el joyel que brillaba sobre sus toscas ropas.

Desde entonces muchas veces he encontrado á Cora en el bosque; siempre que esto sucedia permaneciamos juntos algunos instantes, y como el amor no puede ser oculto, al fin y al cabo llegué á comprender que la pobre muchacha se habia enamorado de mí.

Por fin, esta tarde, habiéndola encontrado en el claro donde me separé de ella el día que nos conocimos, me retuvo á su lado, y con las frases más poéticas que podeis imaginaros, me dió á conocer su amor, acabando por ofroceme abandonar



su cabaña para vivir á mi lado entre las paredes de la granja.

El jóven calló y fijó en sus comensales una mirada de triunfador.

—¿Sabeis, don Gonzale, exclamó Blanca, que vuestra india me inspira un gran interes? Daria cualquier cosa por conocerla.

—Y yo, repuso el jóven don Francisco.

—Nada mas fácil que satisfacer vuestros deseos, respondió el cazador; mañana á media tarde encontraré á Cora en el claro donde siempre nos vemos, y si quereis, podeis presenciarnos nuestra entrevista.

Blanca vaciló un momento; pero al fin, dirigiéndose á su hermano, exclamó:

—¿Qué os parece la idea, hermano mio?

—Magnífica, y por mi parte la acepto desde luego.

—Yo tambien, repuso la jóven; esa enamorada de piel cobriza me inspira un vivo interes, y quiero ver si es en efecto, tan bella como la pinta su blanco amante.

—Por vuestros ojos juzgareis, repuso don Gonzalo, y si no confesais que es la mas hermosa de todas las indias, os permito que me castigueis de la manera que mejor os plazca.

Blanca hizo un ademan de asentimiento, y con estas palabras terminó la conversacion.

el punto de vista. Dejando, pues, adelante solo y dentro de  
algun tiempo se halló por esta senda, que se dirigía á un  
claro, donde nos hallarais; el camino es derecho y no podéis  
extraviaros.

—Id, don Gonzalo, id, con tanto contento Blanca  
don Francisco echó pie á tierra, y andó á pie á su ha-  
mana y la hermosa jóven fue á sentarse bajo la sombra de un  
árbol, mientras que el cazador se quedó en la granja de los cabes.

## CAPITULO VI.

El amante de Cora hizo camino á sus compañeros una  
atenciosa señal de despedida, y después de haberse á su  
corral se internó rápidamente en la selva.

Foco tarde en la tarde, en la granja de los cabes, y volvían  
INDIA Y CASTELLANA.  
de los ojos en torno suyo, lo vio completamente desierta.  
Tubo que ir á tierra, y el caballo á un raso y fué á

Al dia siguiente, poco despues de las dos de la tarde, una pequeña cabalgata bajaba por la ancha avenida de la granja, dirigiéndose á la selva.

Compañia don Gonzalo, Blanca y su hermano, y sin gran trabajo adivinarán nuestros lectores el objeto que los guiaba.

Blanca, ataviada con una amazona de seda azul y un sombrero de paja adornado con plumas y cintas del mismo color, cabalgaba en medio de los jóvenes y de vez en cuando cambiaba con don Gonzalo algunas palabras, acompañadas de una sonrisa llena de dulzura.

Pronto dejaron atras las tierras cultivadas, atravesaron la pradera donde pacian los ganados y llegaron á los límites de la selva.

Don Gonzalo se detuvo á la entrada del sendero y dijo:

—No creo conveniente que Cora nos encuentre juntos en



el punto de cita. Dejarme, pues, adelantar solo, y dentro de algun tiempo seguid por esta senda, que os conducirá á un claro, donde nos hallareis; el camino es derecho y no podeis extraviaros.

—Id, don Gonzalo, id, contestó sonriendo Blanca.

Don Francisco echó pié á tierra, ayudó á bajar á su hermana y la hermosa jóven fué á sentarse bajo las ramas de un árbol, mientras que el alferez ataba las riendas de los caballos á un arbusto.

El amante de Cora hizo entonces á sus compañeros una afectuosa señal de despedida, y apretando las espuelas á su corcel se internó rápidamente en la espesura.

Poco tardó en llegar al claro que ya conocemos, y volviendo los ojos en torno suyo, lo vió completamente desierto.

Echó pié á tierra, ató el caballo á una rama y fué á sentarse en el tronco de un árbol caido, murmurando entre dientes:

—Sentiria que esa muchacha me hiciese esperar mucho tiempo.

No hubo, por fortuna, motivo para que don Gonzalo se impacientase: no habian pasado cinco minutos desde su llegada al punto de cita, cuando la hermosa india apareció entre la espesura.

Don Fernando se puso de pié y sonrió.

—Cora, dijo con un acento lleno de dulzura.

La niña, saltado como un cervatillo, salió de entre la maleza, y se acercó al cazador.

—¡Oh, jóven blanco! exclamó con voz apasionada; ¡la vírgen de los bosques vive en la luz de tus ojos!

Don Gonzalo rodeó con uno de sus brazos la esbelta cin-

tafa de Cora, que se abandonó á él, la atrajo hácia sí, la estrechó sobre su pecho y la besó en la boca.

—¡Yo te adoro, cazador blanco! murmuró en medio del beso que le dió la hermosa india.

El jóven volvió á sonreír, y acercándose con la niña al tronco dorribado, se sentó junto á ella.

—¡Qué hermoso eres, jóven pálido! exclamó Cora con un acento en que vibraba el amor; tus ojos son lánguidos como los del ciervo de los bosques, y tienen tus mejillas el color de las hojas del nenúfar.

Don Gonzalo escuchaba sonriendo siempre las poéticas palabras de la india, pero no contestaba: comprendia que sus frases, por escogidas que fuesen, no podian armonizar con los romancescos sentimientos de Cora, que se manifestaba de una manera tan bella y elocuente, y para no mostrarse inferior á ella, habia tomado el partido de callar.

La india sacó del interior de su túnica un pequeño joyel de plata, que llevaba pendiente de un tosco cordoncillo de algodón, y mostrándolo al cazador, dijo sonriendo con una expresion dulcísima:

—Mira, jóven blanco; desde el dia en que nos conocimos, esta joya que recibí de tus manos no se ha separado un solo momento de mi pecho.

—Tampoco tu recuerdo se ha separado de mi mente, Cora adorada; respondió al fin don Gonzalo.

—Y tu imágen ha permanecido grabada en mi alma, tu amor ha vivido siempre en mi corazón, repuso ardentemente la india.

—Jóven blanco, exclamó esta, la vírgen de los bosques te ama mas que á su madre, mas que á sus hermanos de piel roja, mas que á su vida; la vírgen de los bosques es tuya y



solo tuya, y quiere vivir enlazada á tí como la yedra al júbua, mirándose en tus ojos y aspirando el aliento de tu boca. ¿Y por qué calla el cazador blanco? Por qué no devuelve á la vírgen india sus amantes palabras y la dice que vive con su amor? ¿Es acaso que el cazador blanco no ama á la vírgen de los bosques?

—¡Oh! no, Cora; no abrigues semejante temor, no dudes de mí, contestó don Gonzalo; te amo todo lo que mi alma puede amar, y si á tu lado permaneciese silencioso, es porque no quiero perder una sola de tus palabras, porque gozo una dicha imponderable, una felicidad de los cielos escuchando tu voz, mas dulce que el arrullo del viento entre las frondas, mas armoniosa que el canto de las aves al amanecer el sol. Cora, nada hay en el mundo que tenga para mí mas precio que tu amor.....

Don Gonzalo se interrumpió, cortado por un brusco movimiento de la india, que despues de escuchar algunos momentos con la mayor atencion, dijo:

—Alguien se acerca; oigo en el sendero pisadas de caballos.

Don Gonzalo escuchó á su vez, y percibió en efecto, un rumor casi imperceptible, cuya causa no era posible apreciar sino poseyendo la exquisita delicadeza de oido que caracteriza á los indios.

Comprendió, sin embargo, que Blanca y su hermano, guiándose por sus instrucciones, se aproximaban al claro, y queriendo alejar las sospechas que su llegada pudiera inspirar á Cora, dijo:

—Serán los indios.

—No, respondió con acento de seguridad la niña; mis hermanos de piel roja no llegan jamas á esta parte de la selva,

y en todo caso, vendrian por el lado opuesto. Son blancos indudablemente.....

—Desecha, en ese caso, todo temor, dijo don Gonzalo; estando á mi lado y bajo mi proteccion, ninguno se atreverá á tí; si se tratara de tus hermanos indios seria muy distinto, pues yo no podria defenderte contra ellos si se indignaban de encontrar una doncella de su raza en brazos de un hombre blanco.

Cora no replicó.

Don Gonzalo volvió la vista hácia la salida del sendero, en la cual se oian ya muy cerca las pisadas de los caballos, y poco despues apareció en el claro la hermosa Blanca, seguida de su hermano don Francisco.

—¡Ah! ¡Ah! exclamó la española deteniendo su caballo y dejando ver en sus lábios una alegre sonrisa; os encuentro, mi buen don Gonzalo, muy entretenido y muy acompañado.

En el acento con que Blanca pronunció estas palabras creyó notar don Gonzalo, en medio de una ligera ironía, una leve expresion de despecho.

Y así era, en verdad. A pesar de su excesivo amor propio la orgullosa española no habia podido menos de sentirse despechada al contemplar la deslumbrante hermosura de Cora, que la miraba con una curiosidad verdaderamente infantil.

—Celebro, amigo mio, continuó Blanca antes de que su prometido hubiera podido responder, que en estos hermosos bosques americanos encontreis tan buenas aventuras. He oido decir que lo que da la selva pertenece al cazador, y ahora veo que no se engañan los que tal dicen.

Cora no pudo comprender, en su sencillez casi salvaje, la grosera intencion de las palabras de Blanca; pero don Gonzalo lo comprendió y sonrió con aire de triunfador.



Por su parte, don Francisco callaba, contemplando á Cora con una cínica expresion de deseo.

—Al fin, exclamó don Gonzalo, que no sabia qué decir, os habeis atrevido á penetrar en la selva.

—Sí, respondió Blanca; pero nos hemos internado mucho, y como no conocemos estos senderos tememos extraviarnos.

—Si quereis que os sirva de guía..... exclamó el jóven.

—¡Oh! No, respondió la española, sin tratar de ocultar la ironía de su acento; sabremos volver á la granja sin peligro de perdernos, y por otra parte, no es justo que por causa mia pongais término á vuestra amante conferencia. Permaneced al lado de vuestra amante, don Gonzalo, que bien lo merece su espléndida hermosura; y no paseis cuidado por mí.

El jóven, que se habia acercado á su caballo, se detuvo, sorprendido por las sarcásticas frases de su futura, y fijó en su rostro una mirada de extrañeza.

—Adios, mi infortunado cazador, continuó la jóven sonriendo y dirigiendo á su prometido un afectuoso ademan de despedida; comprendo perfectamente que mi presencia os inoportuna y os dejo en completa libertad: hasta luego.

Diciendo esto, Blanca sacudió un latigazo á su caballo, lo revolvió violentamente y se lanzó á galope en el sendero, seguida de su hermano.

Don Gonzalo comprendió que su futura se alejaba enojada, pero disimuló su inquietud, y volvió á sentarse al lado de la india, que no habia despegado los labios.

mediante servicio de las...

Don Gonzalo se despidió...

La hermosa española habia...

## CAPITULO VII.

Estaba en su estancia una...

Salido á su prometida con...

### TAL PARA CUAL.

hablaba...

Poco antes de llegar el sol al horizonte, don Gonzalo se separó de Cora, prometiéndola tornar al bosque en el dia siguiente, y saltando sobre su caballo, se alejó del claro, dirigiéndose á la granja, en tanto que la hermosa india se perdía entre la espesura.

Regresaba el jóven un tanto inquieto, pues conocia el carácter dominador y orgulloso de su prometida, y temia que la altiva española, arrastrada por la envidia y el despecho que en ella produjeron la deslumbrante hermosura de Cora, diese lugar á una escena enojosa.

Apenas salió del bosque, el cazador puso su caballo á galope, y salvando rápidamente la pradera y las tierras cultivadas, llegó en pocos momentos á la puerta de la granja.

Dirigíase, despues de dejar su caballo en manos de un esclavo, á la habitacion que servia de sala y comedor, cuando salió á su encuentro una linda cuarterona que estaba al in-



mediato servicio de Blanca, y le dijo que la jóven le esperaba en su gabinete.

Don Gonzalo se desembarazó acto seguido de sus arreos de caza, y se dirigió á la habitacion de su futura.

La hermosa española habia cambiado su traje de montar por una lijera bata de seda blanca, cuyos anchos pliegues aumentaban poderosamente su belleza, y esperaba al jóven reclinada en un pequeño confidente de damasco azul.

Veíase en su semblante una clarísima expresion de enojo, y á primera vista comprendió don Gonzalo que se preparaba una explicacion borrascosa.

Saludó á su prometida con una dulce sonrisa, y dijo:

—Me han anunciado, mi adorada Blanca, que deseábais hablarme.

—En efecto, amigo mio, respondió con severidad Blanca; chatedme, pues, el favor de sentaros.

Sib Don Gonzalo se sentó en el confidente al lado de la jóven y exclamó:

—Os encuentro muy seria, querida mia, y si hubiera de juzgar por la expresion de vuestro hermoso rostro, debería creer que estábais enojada.

—Si tal creyéseis, acertaríais, don Gonzalo, repuso Blanca mirando con severidad al jóven, y por cierto que mi enojo no tiene nada de infundado: lo que esta tarde he visto en el bosque es sumamente desagradable para una mujer que ama.

—Blanca, no os comprendo, respondió don Gonzalo.

—Vos amais á Cora.

—Blanca, exclamó sonriendo el jóven, ¿es posible que hayais creído tal cosa?

—No debe sorprenderos.

—Sí, me sorprende; ¡vos, tan altiva, tan noble, rebajaros

hasta el punto de tener celos de una india despreciable; de una muchacha de piel roja; vos, mi prometida, la que reina sin rivales en mi alma, juzgarme tan despreciable, tan olvidado de mí mismo que me creais enamorado de una mujer de esa especie!..... ¡Parece imposible, Blanca!

—No, no, don Gonzalo, exclamó con severidad la jóven; pongamos las cosas en su verdadero lugar; la cuestion no está entre la noble dama y la india despreciable, sino entre una mujer que ama y otra mujer que ama; no soy, don Gonzalo, tan orgullosa que desconozca que ante el imperio del amor desaparecen las clases. Cora es hermosa como una ilusion, es bella como yo no creia que pudiera serlo una india, y preciso es que lo confeseis, la hermosura es tan atractiva y seductora en una mujer de piel roja, como en una dama europea. Lo que esta tarde he visto basta para creer que amais á esa india, ó por lo menos, que su belleza os causa una impresion profunda.....

—Blanca, os juro.....

—¡Oh! No me ciega el orgullo, don Gonzalo, y comprendo que Cora, á pesar de su color y de su miserable estado, no es una de esas mujeres á quienes se puede burlar con facilidad. Tiene encantos bastantes para ser burladora y no burlada, y es probable que en vez de prenderla en vuestras redes os halleis preso en las suyas.

Don Gonzalo sonrió de una manera desdeñosa.

—¡Oh! No os riais, don Gonzalo, replicó la jóven; ante la hermosura de una mujer no hay orgullo que no se doble.

—No sé cómo he de demostraros que vuestras acusaciones son infundadas, dijo el cazador.

—¿Y si yo os propusiese un medio?



- Lo aceptaría.
- ¿Fuese cual fuese?
- Sí.
- ¿Sin condiciones ni reservas?
- Sí.
- Voy, pues á sujetaros á una prueba, repuso la jóven; si respondeis á ella, os amaré mas aún de lo que os amo, pero si mis sospechas se realizan, entonces os creeré un villano indigno de mi amor, y me apartaré de vos.
- Veamos vuestra idea, contestó don Gonzalo sin hacer caso de la amenaza de Blanca.
- La bella española apoyó su hermoso brazo desnudo en los almonadones del confidente, reclinóse con una hechicera languidez, y fijando sus ojos en don Gonzalo con una expresion llena de tentaciones, dijo:
- Por lo que ayer os entendí, Cora está dispuesta á abandonar su tribu para vivir á vuestro lado.
- Así es, respondió don Gonzalo.
- Pues bien, traedla á la granja.
- El jóven miró sorprendido á Blanca, cuya intencion no podía adivinar.
- ¿Os extraña mi deseo? preguntó sonriendo la jóven.
- Confieso que sí; pero continuad.
- Cesará vuestra extrañeza cuando os diga que quiero que Cora sea mi esclava.
- ¿Vuestra esclava! exclamó don Gonzalo.
- Sí.
- Eso no puede ser, Blanca.
- ¿Por qué? preguntó con acento incisivo la jóven.
- Sabeis que las leyes nos prohiben terminantemente esclavizar á los indios.....

- Tambien sé, respondió Blanca, que esas leyes no se cumplen y que en todas las colonias de España hay muchos millares de indios esclavos.
- Lo que Blanca acababa de decir no podia ser mas cierto. Las leyes de Indias prohibian á los plantadores y colonos españoles, bajo penas muy severas, reducir á la esclavitud á los indígenas americanos; pero estas leyes no se practicaban, y los pobres indios se veian con mucha frecuencia reducidos á la mas dura servidumbre.
- Don Gonzalo se vió cogido, pues en su misma granja habia varios indios esclavizados.
- ¿Quereis vengar en esa pobre niña vuestros injustos celos! dijo á la jóven.
- Os prometo, repuso esta, que la trataré con cariño y que seré para ella una buena ama.
- Sin embargo.....
- Voy convenciéndome, interrumpió con acento duro la española, de que mis sospechas nada tienen de gratuitas.
- ¡Blanca!
- Si así no fuese, no habia razon para que os repugnase hacer con esa muchacha lo que habeis hecho con muchos de sus hermanos.
- Don Gonzalo se movió contrariado en el confidente, y despues de un instante de vacilacion, respondió:
- Será vuestra esclava; pero prometedme que no la hareis sufrir los duros tratamientos que sufren otros esclavos.
- Os lo prometo, dijo sonriendo sesgadamente Blanca; será mi doncella, mi esclava favorita, no olvidaré nunca que por vuestro amor ha perdido la libertad.
- Don Gonzalo no reparó en el ligero acento de sarcasmo con



que Blanca pronunció las últimas palabras, y quedó satisfecho.

Blanca le dirigió una mirada llena de voluptuosidad, y el joven, asiendo una de sus manos, que estrechó con ternura, murmuró inclinándose hácia ella:

—Os doy á Cera; pero vos, ¿qué me dais en cambio?

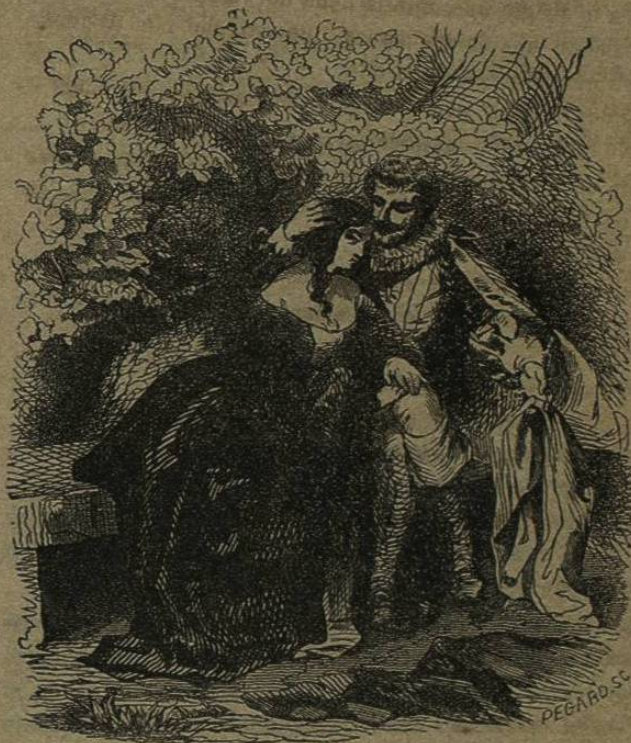
—¿No os he dado mi alma? ..... exclamó la española.

Y con un movimiento lleno de encanto, reclinó su cabeza sobre un hombro de don Gonzalo, que la estrechó sobre su pecho y la besó en la boca.

Blanca desprendió de sus cabellos la flor que adornaba su peinado y la presentó á su amante, diciendo con acento ardiente.

—Tomad; con ella os doy mi vida.

Luego se levantó del confidente, enlazó su brazo al de don Gonzalo, y salieron juntos de la estancia.



La estrechó sobre su pecho.